

gando palmadas, como *quen* disputa, sobre la mesa, yo que hacía al ángel, y que estaba vestido con una alba vieja que me había dado el señor cura, y que me la puse sobre mis calzones que estaban muy limpios, me dirigí al huerto, en que oraba el Señor, con una gran copa de madera dorada, alzando extraordinariamente los pies desnudos, como figurando que volaba, y acercándome á Jesus, le ponía la copa en la boca para que bebiera y se confortara.

—De suerte que tú representabas nada menos que al ángel del cielo, de quien nos dice San Lucas que se le apareció al Señor para confortarle?

—Sí señor amo; pues en los pueblos de los *naturales* todo se hace á lo vivo.

—Ya lo veo; ¿y despues que acontecia?

—Despues el señor cura que estaba en el púlpito predicando, viendo que los fariseos no iban á prender á Jesus, á pesar de que estaba ya en el punto en que decia como le prendieron, interrumpia su discurso, y sonando las manos les decia. “¿hasta que hora prenden á Jesucristo? ¿No ven ustedes que ya hemos llegado al prendimiento? van tres veces que les digo que le prendan y nadie se mueve.” Entonces los fariseos á una señal de Pilato, haciendo gran ruido con las cadenas, corrian al huerto, guiados por Judas, quien acercándose al Salvador, le daba un beso que se oía desde la calle; y en seguida los fariseos se echaban sobre Jesus, le cargaban de cadenas, lo llevaban á la prision, y por la tarde hacian que lo azotaban en el atrio sin compasion ninguna, como si efectivamente fueran judíos.

—Ya habia yo oido contar algo de esto; pero nunca creí que llegara á tanto.

—Pues es la *puritita* verdad: puede creerlo su *mercé* y hasta *escribir* si *quere*, que yo respondo.

—Estoy persuadido de la sinceridad de tus palabras, y nada dudo; ¿pero qué cosa seguia el viernes Santo?

—¡Ay señor amo! el viernes Santo era lo que mas me *cuadraba* á mí; porque aquello era la *mera mapa*; (6) lo *mas mejor*.

—Vamos á ver; cuenta todo lo que en ese dia pasa.

—Pues señor amo, ese dia es, como su *mercé* sabe, la procesion de las tres caidas. Pero antes *quero* contarle á su *mercé* lo que pasó el último año que estuve en mi tierra, pocas horas antes de la procesion.

—Empieza.

—El señor cura nos encargó á mí, á mi compadre don Jenovevo, al sacristan *ñor Trenidá*, y al hortelano *ñor Guadalupe*, que pusiéramos á Nuestro Señor lo mas desfigurado que pudiéramos, para que á

[4] Lo selecto.

la hora del sermon en que iba á hablar de los azotes, se corriera una cortina, tras de la que habia de estar Jesus, y al descubrirse se conmoviera el pueblo al verle tan desfigurado. Viendo, pues la confianza que el señor cura hacia de nosotros juzgándonos capaces de comprender lo que él queria, meditamos *muncho*; y al cabo de dos horas ¿qué hicimos? vestimos á Nuestro Señor de rancherito, con sus calzoneras, su ceñidor colorado, sus buenas botas, su sombrero y, como á Señor Santiago, le montamos sobre un caballo blanco de madera, y lo cubrimos con la cortina, como nos lo habia dicho el señor cura, hasta que llegara el momento del sermon en que nos mandase descubrir.

—¡Que atrocidad!

—Era lo mejor que podíamos desfigurar á Nuestro Señor ¿no es verdad, señor amo?

—Sí; sin duda; pero ¿qué sucedió?

—Que cuando el señor cura estaba en el mayor calor diciendo: “¡vosotros pusisteis á nuestro Redentor hecho un mar de sangre! ¿No veis cuan desfigurado está su cuerpo por vuestras culpas...? ¡Ah! dá compasion mirarlo! ¿Quién habia de decir que ese conjunto de perfecciones, casi no seria conocido por su Santísima Madre? ¡Ah! vedle! sí... ¡vedle! ¡Corred esa cortina que le oculta á nuestros ojos...! ¡corredla, para que vean todos los pecadores cuan desfigurado está Nuestro Salvador á quien apenas pudo reconocer la Reina de los Cielos...!” Entonces, y cuando todo el pueblo lloraba, corrimos nosotros la cortina; y al ver el señor cura de aquella manera á Jesus, quedó asombrado y exclamó: “Y confieso que no me admiro de que no le reconociera su Santísima Madre, pues tal le habeis puesto que, no digo la excelsa Señora; pero ni yo que soy vuestro cura le conozco ya.”

—No era fácil conocerle; pero ¿qué, no os reprendió despues el cura porque le habias desfigurado mas de lo regular?

—No señor amo: solo nos dijo que Jesus no estaba vestido de calzoneras, ni botas de campana despues de los azotes; y que aunque nos agradecia que hubiéramos hecho tanto para desfigurarle, nos moderásemos para otra ocasion.

—Y dijo bien; porque Jesucristo jamas usó botas, ni ceñidor, y menos anduvo á caballo.

—¿Pero cómo lo íbamos á saber nosotros?

—Bien: dejemos eso; y empieza á contarme la procesion de las tres caidas.

—Pues oigame su *mercé*. El púlpito para el sermon de las tres caidas, nos hacia ponerlo el señor cura fuera del atrio de la iglesia; y allí reunido todo el pueblo, lloraba y gemia al escuchar el sermon, en tanto que los fariseos andaban por en medio de todas las gentes, di-

ciendo blasfemias, para remedar á los verdaderos judíos, con sus caretas figurando caras de serpiente, y con sus cascos de hojalata con sus correspondientes colas de perro, y llevando en las manos largas lanzas, y haciendo mil visages y monadas. En esto sacaban á Nuestro Señor con la cruz acuestas, ayudado de Simon Cireneo que lo hacia mi padrino *ñor Soledá*, y que iba en mangas de camisa, calzón corto verde que se le quedaba mas arriba de la rodilla, desnuda la pierna y descalzo; pero muy serio como si *juera* de palo. Detras iba amarrado codo con codo el *mal ladron* que lo hacia muy bien mi pariente *ñor Getrudis* que parecia la *mera* verdad.

—¡Infeliz de él!

—Al salir de la iglesia, daba el Señor, que era de goznes, la primer caída, y la gente lloraba al verle caer y oír tantas cosas tiernas como decia desde el púlpito el señor cura. La segunda caída era al salir del atrio, acompañada de nuevas exclamaciones del señor cura y del copioso llanto de los *naturales*; pero viendo el señor cura que llegaba el momento de la tercer caída, y que la Santísima Virgen aun no parecia para el encuentro, exclamaba interrumpiendo su sermón, “¿á que hora traen á la Madre de Dios? Que anden á prisa esos que conducen á la Santísima Virgen, que ya es hora que se encuentre con su Divino Hijo.” Al oír esto los que venian por otra calle con la Reina de los cielos, apresuraban el paso, y al encontrarse Nuestra Señora con Jesucristo, los que los conducian, hacian que los rostros de ambos cayeran sobre el pecho en señal de tristeza, siguiendo despues cada cual su camino, no sin que les acompañaran el llanto y los gemidos de todos, excepto los fariseos que se paseaban con altanería.

—Prosigue; pues me agrada escuchar esas sencillas costumbres de los indios que revelan un corazón, ignorante sí; pero limpio y religioso, que son las únicas cualidades dignas á los ojos de Dios.

—¡Bien *haiga* su *mercé*, señor amo, que hace justicia á mis compañeros.

—Prosigue, prosigue tu relacion.

—Pues como le iba á su *mercé* diciendo; despues del encuentro de la Santísima Virgen con su Divino Hijo, y cuando todos lloran amargamente, sale en su caballo blanco, vestido de judío, el *pregonero*, que lo hacia el organista *ñor Selidonio*, llevando en la mano el papel con la sentencia dada por Pilato; y acercándose al púlpito, se lo dá al señor cura, *quen dempues* de leerla, dice al público que Jesucristo va á morir entre dos ladrones por todos los pecadores: en seguida entrega el papel al judío que lo *trujo*, *quen* abriéndolo lee en alta voz: “esta es la sentencia en que Pilato manda que á Jesus Nazareno se le dé muerte de cruz;” á cuya lectura siguen los sollozos y los ayes mas lastimosos.

—Pero, hombre, esa sentencia debiera ser leída antes de que el Sal-

vador saliera hácia el Calvario.

—Yo no sé eso; pero lo que sí sé es que así lo hacen.

—Prosigue.

—*Dempues* de todo esto, y cuando Jesus aparece crucificado sobre el altar mayor, los soldados judíos, cubiertos siempre con sus espantosas caretas, están allí mismo en la iglesia jugando á la baraja y á los dados, la túnica del Salvador, y con varias botellas y vasos fingiendo que beben, como dicen que lo hicieron los que verdaderamente crucificaron á nuestro Señor.

—Pero ¿qué, el cura no ha hecho todo lo posible para desterrar ese modo de celebrar la Semana Santa?

—No se atreve, señor amo: porque otros que han estado antes que él, han tenido que abandonar el pueblo, porque los naturales les han perseguido por solo haber querido quitarles su modo de hacer las fiestas.

—Pues no deja de ser original y curiosa la costumbre esa, y digna por lo tanto de ocupar un lugar en cualquier artículo.

—¿Verdad que es muy agradable, señor amo?

—Sin duda que sí; pero á tí no te debió gustar mucho cuando has abandonado tu tierra.

—Eso no prueba nada, señor amo: yo habia aprendido con el señor cura á mal leer y *pior escribir*; y como me dijo un señor de *acá* de México, que *jué* un día á ver á mi amo el señor cura, que cuando quisiera venir á servir á México el me recibiría y me pagaría bien, yo lo estuve pensando *muchos* dias, y al cabo de un mes le *escribí* una cartita, de la cual guardo aquí en el bolsillo el borrador por curiosidad, diciéndole que estaba pronto á ser su criado.

—¿Y no me quieres enseñar ese borrador de la carta?

—¡Ay, señor amo! se va á reír su *mercé* de mis *cuatros* (1); pero ya que su *mercé* lo *quiere*, aquí la tiene.

—Hombre, no es tan mala la forma: verdad es que cada letra parece un garrote, pero en cambio los renglones están bastante torcidos.

—¿Ya lo ve, señor amo, como su *mercé* me hace burla? *Agora* va á mofarse su *mercé* del *ditado*; pero ya le dije á su *mercé* que la *escribí* cuando no sabia hablar: entonces, como no estaba civilizado, *escribí* esos disparates de que yo mismo me río.

—Véamos. “Pueblo de H. . . á 21 de *Junio* de 18.055.

—¿Diez y ocho mil cincuenta y cinco dice?

—Sí; diez y ocho mil cincuenta y cinco, nada menos; porque detrás del ocho fuiste á colocar un cero que le paga aquí tan bien, como á una Dolorosa un trabuco naranjero.

—¡Vea su *mercé* lo que es no saber *ortografía*!

(1) Cuatrero en buen español se llama al ladrón de reses; pero en México se aplica al que dice muchos disparates al hablar.

—¡No eres tú mala orografía! Pero déjame seguir. “Señor amito y señor de todo mi *respeuto*. Buscando mi *convenencia* y con mi *mal trabajo*, solicito mi *comodidad* en casa de su *mercé*, donde con mi *mal servicio* estaré siempre *opuesto* á lo que su *mercé* me mande.

—Ahora qué capaz que pusiera esos disparates. ¿Qué le parece á su *mercé* el *ditado*?

—Que puede servir de modelo á un memorialista, ó como decís vosotros, á un *evangelista*. ¿Y qué te respondió?

—Me recibió *luego luego*; y aunque el señor cura no queria que abandonase el pueblo, porque decia que yo era muy buen criado; yo siempre me vine, trayendo todos mis *defectos* de ropa, que se componian de unos calzones de manta (1), de una camisa del *mesmo* género, un sombrero de petate, y mis *guaraches* (2), que forma como su *mercé* sabe, el vestido de los *naturales*.

—¿Y qué cosa era tu nuevo amo?

—Comerciante, señor amo.

—Vamos, ya la tierra hizo su primer movimiento y recibió la primer luz del crepúsculo.

—Tenia una *vinotería*; y á mas de la obligacion que me dió de limpiar todas las mañanas los vasos del despacho, me encomendó el destino que tienen los *padrecitos* cuando nace algun niño.

—¿Y qué comision era esa?

—La de bautizar todo barril de vino que entraba en casa; porque ademas de que era cristiano viejo y no queria que en su tienda hubiera nadie que no estuviera bautizado, era tambien muy aficionado á la hidropatía; pero en tal grado, señor amo, que *munchas* veces me hacia volver á bautizar por tercera *ocasion*, asegurándome que se le hacia cargo de conciencia vender vino puro, porque privaba al hombre de la facultad de pensar y de la razon; lo cual se evitaba dándole aguado.

—¡Vea vd. que caritativos son los señores vinateros! ¿Y tú, no aprendiste á despachar?

—¡Vaya! y bien, señor amo. Los *brinquitos*, *el arriba y abajo* y otros licores los despachaba yo como el mejor dependiente. Allí estaba yo en grande: *horraba* mi sueldito, tenia mis *buseas*, y cada ocho dias me iba yo á Santanita en canoa, otras á la Retama, y algunas tardes al *tiatro* del Relox ó á la *maroma*.

—¿Y por qué te saliste de ese destino?

—La verdad, señor amo, yo enamoraba á la *recamarera* de casa, pues ya sabe su *mercé* que todos los criados enamoran á todas las criadas;

(1) Género ordinario de algodón.

(2) Especie de abarcas.

pero me *comió el trigo* (1) la *pilmama* (2) del entresuelo, que tambien estaba en relaciones conmigo, y me amenazó con que me cortaria el *hocico* si no me iba á servir á otra casa.

—¿Y tú á tan significativa insinuacion obedeciste?

—¿Qué *quiere* su *mercé* que hiciera? Por fortuna *ñor* Toribio el aguador, me habia brindado con otro destino *mas mejor*, en casa de un señor que tenia coche, y *almiti*. Pero como era preciso ir decente, compré unas calzoneras y una chaqueta de paño, unos zapatos de á peso y un sombrero poblano que reemplazó al de petate.

—Este es el otro movimiento de la tierra; y no porque yo quiera decir con esto que la tierra usa sombrero de petate, sino que se ve mas bañada por la luz del astro principal que va disipando sus sombras.

—¿Y qué tal te fué en tu nuevo destino?

—¡Ay, señor amo! muy mal. Grandes espejos, ricas alfombras, lujosos muebles, dorados sofás, magnífico piano y gran coche, eso sí; pero con respecto á comida, poca y mala; de manera que me acordaba de un versito que su *mercé* puso en un calendario, que decia:

Los elegantes del dia  
Son como el *atole* frio,  
Llevan cadena á la polca  
Y el estómago vacío.

—¡Ola, ola! ¿Aplicaciones, eh?

—¿Y cómo *quiere* su *mercé* que no las haga? Aquellas *catrinas* me hacian trabajar mucho; me daban de comer poco, y de *pilon*, para pagarme mi salario me hacian esperar una porcion de dias.

—¿Y qué tal, eran bonitas?

—La verdad, señor amo, que yo no lo pude saber jamás; porque como se pintaban de *todo á todo*, segun me lo decia *ña* Nicolasa la *recamarera*, que les *traiba* cada rato la *toalla de Venus* para blanquear el *cútis*, el *colorete en pasta* para estar coloradas, la *leche virginal* para quitar los barro y manchas del *cútis*, la *opiata* para limpiar los dientes, el *cosmético* para pintar las cejas, y *quen* sabe que otros menjurges mas, señor amo, no pude llegar á ver si eran *fierras* ó bonitas; aunque yo creo que no serian muy lindas cuando tenian necesidad de ccharse tantas porquerias; porque como dice un dicho, *al que huele algo le giede*.

—No te falta razon; y bien se les podia aplicar á tus *amas* este epigrama de Agustin Príncipe.

(1) Descubrió: llegó á saber: á sorprender.

(2) Niñera.